

Roma y me dice que es completamente dichoso. Me parece ser este un lenguaje al que no me tenía acostumbrado. Me manda al propio tiempo una cantidad para su pobre amigo, el abate Dumont, cura de Bussières, á quien ha querido él siempre mucho, y que está continuamente enfermo y pobre. Esta prueba de amistad venida de tan lejos y tratándose de un amigo que hubiera podido olvidar fácilmente desde las alturas de su actual bienestar y de sus distracciones, me ha causado una profunda alegría.

CXV

11 de Marzo de 1821.

¡Albricias! Creo poder casar muy cerca de aquí convenientemente y casi en familia, á mi bella Susana. M. de Montherot, uno de nuestros parientes, hombre de treinta y seis años, persona distinguidísima y de bella presencia, se ha enamorado de sus gracias durante una entrevista que indirectamente él mismo se ha procurado. No dudo que este casamiento nos hará dichosos á todos, tanto por las bellas cualidades del marido, como por ser vecino nuestro y ser probable que siempre estemos juntos. Sus propiedades están repartidas entre la Borgona y el Lyonesado; es muy posible que esto salga bien. Ni marido es también muy favorable á ello; Susana ignora aún ser el objeto de estas entrevistas y chicheos, pero es tan sencilla, tan pura y obediente, que no duda bajo ningún concepto de su conformidad, tan luego yo le hable del caso.

CXVI

11 de Marzo.

Las buenas noticias se aglomeran. Dios conceda

y da, por una parte, lo que por otra quita; démosle gracias por sus dones y sometémonos á sus negativas; acaba de nacerme un nietezuelo; la esposa de Alfonso ha dado á luz en Roma, con toda felicidad, un niño hermoso como un ángel, lo cual acaba de escribirme su padre, añadiendo que se llama como él, Alfonso, que ha sido bautizado en San Pedro de Roma, que fueron sus padrinos un caballero napolitano, llamado el marqués de Gagliati, y la princesa Oginska, polonesa y que nació el día 8. Esta noticia me ha proporcionado una grande alegría. Dicen que este niño se parece mucho á mí, así es que yo me lo represento como era su padre. Su madre ha empezado á criárselo; hace muy bien y ojalá pueda, como yo deseo, seguir adelante. Parece que están resueltos á venirse á pasar unos días en nuestra compañía, tan luego la madre se encuentre completamente restablecida.

CXVII

12 de Mayo de 1821.

Susana lo sabe todo: yo se lo he contado, pero ella, que tiene una penetración grande, ya se lo había presumido; ¡pobre hija mía! yo espero que Dios le enviará aquello que puede y debe darle la felicidad, teniendo en cuenta que su imaginación no está desbordada y posee un corazón angelical; ella se dedica á sus deberes sin la menor turbación ni inquietud, con una tranquilidad y una alegría que me tienen embelesada.

*
*
*

El *diario* queda aquí interrumpido por espacio de tres años. ¿Será que los cuadernos se habrán

extraviado ó que los disgustos que han pasado por ella durante estos tres años de amargura por la muerte de Cesarina, fallecida á consecuencia de una anemia ocasionada por el nacimiento de su tercer hijo, ó que la enfermedad mortal al mismo tiempo, de su estimada y bella Susana, no le hayan dejado el espacio ni la fuerza moral para registrar sus desventuras?

Durante este tiempo, su hijo y su hija política hicieron un viaje á Francia y otro á Inglaterra, perdiendo también su querido nietezuelo. Nació una niña que es el ídolo de su madre y de su abuela, la cual parece renovar en todo su imagen, aquella imagen venerable de la anciana madre, que á pesar de su edad, conserva en el corazón el fuego santo del amor á sus hijos, á sus semejantes y á Dios.

Hasta el 9 de Junio de 1824 no hay en su manuscrito ni una sola línea, y sus páginas primeras no son más que sollozos, trazados á la cabecera del lecho del dolor de su querida Susana, reflejando todas las peripecias de la enfermedad y la esperanza; es una prolongada agonía registrada hora por hora, minuto por minuto, abriendo en la última el cielo á un ángel, para dejar entre las sombras de la tierra á una desconsolada madre.

No hago más que extractar algunas pocas de estas notas monótonas si se quiere, por el repetido acento del dolor. ¡Pobre madre mía!...

CXVIII

29 de Junio de 1824.

Bien tristemente doy principio á este nuevo libro;

mi corazón está destilando sangre por el cruel estado de mi pobre Susana; parecíame que había una pequeña tregua de algunos días, creía que la enfermedad se había detenido en sus progresos; pero ayer mi desolación llegó á su colmo al fijarme en la debilidad, en la flaqueza y descomposición de aquella figura, ahora terriblemente transformada hasta el horror... ¡Hija de mi alma! ¡á pesar de todo, se la ve tan dulce, tan tranquila y esperanzada! Su marido está completamente trastornado, porque él es como yo y no puede renunciar á toda esperanza, aunque ya debiéramos haberla perdido hace tiempo, porque los signos son mortales.

Ayer nos visitaron muchos parientes y amigos; yo les agradezco muchísimo el interés y solicitud que demuestran por nosotros, pero confieso que aumentan mis penas con su presencia. Cuando quedo libre de visitas, suspiro como si jamás en este mundo me hubiese sido permitido este desahogo del corazón.

Olvido con harta frecuencia que es esta una época de prueba. ¡Oh! yo debería ver, por la de mi Susana, cuán necesaria es la purificación de las menores faltas para ganar el cielo. Creo á veces que esta enfermedad es el purgatorio de esta pobre criatura, y si tan inocente ella me parece, y le hace falta sufrir como sufre, ¿qué será de mí. Todo es para ella mortificación y pesar; hasta el tomar alimento le molesta.

Sólo esperamos un milagro; este consuelo siempre lo tienen los que como yo creen en Dios. El día 1.º del mes próximo celebrará el príncipe de Hohenzolhe el santo sacrificio de la misa á su intención y

todos uniremos nuestros ruegos al suyo, que me parece ha de ser muy eficaz. ¿Conseguiremos de Dios la gracia que con fervor le pedimos?

Alfonso y su esposa están en Suiza; les he escrito que se vengan para no estar sola y sin apoyo, contra esta muerte que yo no puedo creer sin desesperarme, por más que la vea todos los días retratada en las facciones de mi querida y santa hija.

CXIX

1 de Julio de 1824.

Hemos dejado ayer la casa de campo de Perrieres, que nuestros buenos amigos los Cortembert nos habían facilitado: está situada sobre la colina que domina Mâcon y el Saona.

La traslación ha sido muy penosa, sin embargo, he creído recuperar á mi hija cuando la he vuelto á ver en nuestra casa de Mâcon; la he colocado en mi cuarto, está allí muy bien; la temperatura es agradable y por la tarde salimos un ratito al jardín. No recibo visitas, así es que vivimos igualmente retiradas como en los Perrieres.

Nuestra misa, á la misma hora que la del príncipe de Hohenlohe, ha sido edificante, pero todo me dice que no hay nada que esperar, ni de la oración misma. ¡No me atrevo á pensar como ha de salir de aquí este ángel, ni por qué lecho ha de trocar el que ahora ocupa!

Alfonso, su esposa y su hijita Julia acaban de llegar; me encuentro perfectamente retratada en la cara de Julia. ¡Qué dicha tan grande es la de vernos revivir y florecer de nuevo, cuando nos sentimos decrecer y perder la flor de la juventud! Es

verdaderamente lo que era yo á su edad, ¡yo misma, en mi inocencia y en la apacible edad primera!

Mi Susana, que ya no es más que un ángel, ha recibido á su Dios, este último lunes, con el aparato ordinario de esta santa y terrible ceremonia; yo creí que se hubiera trastornado algo, pero, por la gracia de Dios, ni se asustó, ni sufrió su semblante la menor alteración; al contrario, ha redoblado su tranquilidad y su alegría; todo el día pareció transparentarse en su mirada cierto fondo de dicha; la noche antes nos dijo: *Hablemos de mi tranquilidad; yo he hecho cuanto he podido por mi conciencia, y todo lo que he podido por mi salud. Dios hará ahora todo lo que él querrá: yo me abandono á El.*

A pesar de esto, ella no ha perdido la esperanza, y nosotros, procuraremos alimentarla, porque fuera muy cruel el hacérsela perder: libreme Dios de intentarlo siquiera. El tiempo que habrá de vivir, que sea con la mayor tranquilidad posible... Dios, que en la forma del santo viático habita en ella, dispondrá como le plazca de esta tierna planta agostada en flor.

En medio del inmenso dolor que el estado de mi hija me proporciona, he tenido una alegría por la visita de Alfonso y su esposa, los cuales se encuentran muy bien: llegaron el jueves 29, volviendo á salir el sábado para Saint Point. La estancia en la casa de nuevas personas, fatiga siempre á la pobre Susana, á pesar de cuantas precauciones se tomen para evitarlo.

Alfonso volvió el martes, estando con nosotras

hasta ayer, y volverá el lunes nuevamente, dejándonos lo menos posible durante estos tristes instantes: su buen corazón me consuela y anima mucho.

CXX

14 de Julio de 1824.

Todo ha concluido: mi hija Susana descansa en el seno de Dios desde anteayer jueves á las diez de la noche; quiero mientras me sea posible, recordar todas las circunstancias de esta muerte edificante, dulce y consoladora para los verdaderos cristianos, y terrible siempre para una pobre madre. En medio de mi acerbo dolor, de mis crueles angustias y de las escenas más tristes, Dios me concedió la gracia de una fuerza, de una resistencia y de una confianza en mí misma, que era, á buen seguro, el fruto de las oraciones que se le han hecho para nosotros, y en las que reconocí particurmente su eficacia, viendo el admirable estado de espíritu de mi pobre hija durante sus últimos momentos.

A pesar del tristísimo estado á que su cuerpo estaba reducido (de que ya hablé el otro día, aunque algo á la ligera), y á pesar de que se agravaba por momentos en su terrible enfermedad, ni una queja, ni una demostración de tristeza, nada, en fin, que pudiera causarnos pesadumbre. El domingo por la mañana, viéndola muy acabada, mandé un recado al señor cura para que se sirviese venir por la noche á visitarla, como cosa suya. Ella se alegró mucho de la visita, y viendo que yo no me movía de su lado, me dijo: *Mamá, ¿Quieres que lo diga todo delante de ti? Si es que esto puede causarte pena, no estoy tan enferma que lo crea indispensable, pe-*

ro me parece á mi que el sacramento de la Extremaunción es una gracia que no debemos descuidar y que yo desearía recibir.

Había ya ella, durante el tiempo que estuvimos en Perrieres, y sin que yo lo supiese, pedido al señor cura que no la dejase morir sin darle todos los sacramentos; el buen sacerdote aprovechó entonces de lo que ella volvía á repetirle, y después de haberle hecho entender todas las virtudes que contiene el último sacramento, fuese á buscar lo necesario para el caso y le administró la Extremaunción que ella recibió con gran fe y angelical piedad; pidió que no se dijese una palabra á su marido, que afortunadamente se encontraba fuera en aquel momento. Mlle. de Lamartine y Sofia estuvieron presentes y yo escondida en un gabinete junto á la alcoba, llena de dolor y resignación. Muchas veces había pensado en este terrible momento, que creía no poder soportar; pero me encontré completamente transformada después que el sacerdote cumplió su divina misión.

Mi pobre hija estaba sonriente; yo he rogado por ella, la he exhortado, con la misma calma y tranquilidad que si se hubiese tratado de cualquier otro acto natural de la vida; ella ha preguntado por diversas personas:—¿Están enteradas?—decía. A la mañana siguiente pidió una cruz á pesar de que había en el cuarto un crucifijo de relieve y tenía otro junto á su cama; quería tener otro en sus manos para besarlo continuamente. Encontré por fortuna un pequeño crucifijo de plata tal como ella deseaba, y desde este momento, hasta el de su muerte, la tuvo entre sus manos, besándolo á cada

paso y elevando sus ojos al cielo; antes de tomar alguna medicina hacía la señal de la cruz y á cada instante me pedía que rogara por ella; yo decía cuantas frases piadosas Dios me inspiraba, leyendo las oraciones que me parecían más consoladoras. Tuvo grandes y continuados accesos de sofocación y fatiga, hasta el punto de que creíamos á cada paso que entraba en la agonía, pero luego transcurrían algunos intervalos en que parecía calmada y consolada por la oración. Los tres últimos días los pasamos en continuo sobresalto, y por la noche, descansábamos un poco, porque yo la dejaba entre ocho y nueve con una asistenta que se acostaba en su propio cuarto, y una criada que quiero como una hija; hace ya más de veinte años que está en la casa y duerme en un cuartito junto á la alcoba; tanto Sofía como yo, nos levantábamos varias veces cada noche para ver cómo estaba y cómo seguía; siempre la encontrábamos esperanzada y jamás hablaba de su hijo; estoy segurísima de que ha obrado así sacrificándose. La víspera de su muerte dijo á marido: *¡Ay, esposo mio! ¡qué felices son los que se encuentran como yo me encuentro, habiendo hecho todo que se puede hacer para la paz del alma! ¿Harás tú lo mismo si tienes que sufrir una larga enfermedad como yo? Y luego ha dicho con mayor fuerza: Me lo prometes, ¿no es cierto?*

La víspera de su muerte recibió las últimas oraciones que la iglesia da á los moribundos. ¡Ay! yo le he dado las mías todas las noches desee el lunes al jueves. Me figuraba yo que cada hora que se iba pasando era la última, y cuando llegaba la noche, que había ganado todas las transcurridas creyendo

que podía amenguar mi inquietud para una noche más. El jueves por la mañana había aumentado notablemente la opresión, fué necesario cambiarle la cama; era esto una cosa que se hacía lo menos posible, por el peligro del cansancio que forzosamente le había de producir y por evitarle los desmayos.

Mi pobre Sofía dirigía la operación con una paciencia, una destreza y una dulzura que conservó siempre igual durante toda la enfermedad de su hermana: ¡Oh! Dios la bendecirá indudablemente por todos los cuidados que le ha prodigado. Durante este día le daban á le pobre enferma frecuentes desmayos; me había dicho por la mañana: *He soñado cosas harto dolorosas para vos, ¿estábais bien?* Le contesté que sí y le pregunté qué era lo que había soñado: *Cosas bastante desagradables...* y no pudo decir otra cosa.

Vino el señor cura y le dijo ella en voz baja: *Comprendo que deseo la muerte más de lo que debiera, porque me siento perfectamente preparada y llena de fe como no creo poder estarlo nunca más; si mi vida se prolonga, tendré que volver á empezar estos preparativos y temo... ¿Será pereza, señor cura? ¿me perdonará Dios estos deseos?*

Alfonso estuvo solo con ella unos instantes después de nosotras y procuraba disimular sus lágrimas y la emoción de su voz; ella le dijo algunas palabras, y le tendió la mano; luego bendijo desde su lecho, pero sin verle, á su tierno hijo. *¡Ah? que se le eduque,* — dijo la pobre, — *en la fe que me ha de volver todos los seres de quienes, sin ella, no podría separarme tranquila.*

No puedo expresar el efecto que producian en mis ojos, los de la pobre enferma cuando nuestras miradas se encontraban; parecíame que veía aclararse de súbito aquella figura, antes radiante de vida, y ahora completamente cambiada.

Algunos ratos, los pasaba yo rogando en alta voz junto á su lecho: su hermano, arrodillado en el umbral de la puerta, parecía escuchar el rezo. ¡Qué espectáculo más triste el que presentaba aquella habitación!

A eso de los siete, empezaron á prolongarse los desvanecimientos, luego pareció como que quisiera descansar; yo me acosté para aprovechar algunos momentos de reposo, que bien le necesitaba después de tan continuos desvelos; á los pocos minutos me desperté al ruido de una violenta tempestad; corrí á escuchar junto á la puerta de la alcoba, no atreviéndome á abrir, por miedo de turbar el sueño de Susana, felicítame de que la tempestad no la hubiese despertado; á las cuatro de la madrugada volví á escuchar otra vez; el mismo silencio é igual tranquilidad; hice entonces un poco de ruido para que alguien notara mi presencia y me preguntaran alguna cosa; así sucedió en efecto; una de las sirvientas se acercó á mí diciéndome: *Susana ha pasado la noche con la mayor tranquilidad, en este momento descansa y no necesita nada...* ¡Ah! triste de mí: ¡efectivamente que descansaba y no necesitaba de cuidados! Yo interpreté literalmente las palabras de la sirvienta y me acosté relativamente tranquila.

A las cinco de la mañana, no pude permanecer en el lecho y me levanté á impulsos de un fúnebre

presentimiento: entré en el cuarto sin que se apercibieran, y vi á la pobre muchacha de que antes hablé (Filiberta) de rodillas, al pie del lecho demuerte. Sin poder convencerme de la verdad llegué á creer que estaba orando por habérselo así pedido la enferma, pero Sofia y Alfonso me arrancaron amorosamente de la estancia, y desvaneciéndose mi estupor, comprendí entonces que todo había concluido.

Se llevaron de allí á su desconsolado esposo, incapaz de sobrellevar el peso del dolor. Yo corrí á abrazar, en su cuna, á su pobre hijo Carlos, que estaba durmiendo apaciblemente, bien ajeno de comprender que acababa de experimentar una pérdida que algún día sentirá de todo corazón.

Alfonso quedó solo en la casa, para cuidar de que se cumpliesen los últimos deberes para con su hermana.

La sirvienta Filiberta me contó después lo sucedido en aquella noche fatal. Los últimos momentos, decía, fueron tan dulces como apacibles; no sufrió un solo minuto de agonía; algunos instantes después de haberme yo retirado, dijo á la asistenta: *¿Por qué no os acostáis?* Ella entonces hizo ver que la complacia, ocultándose detrás de la cama: desde allí pudo observar perfectamente como besaba Susana el pequeño crucifijo; luego oyó algunos suspiros, más profundos que los anteriores: fueron los últimos... Serían como las diez, pero las sirvientas acordaron no decir nada en toda la noche, puesto que la pobre Susana ya para nada necesitaba nuestros consuelos, estando, como debía estar, en la mansión de los justos.

Más de un año hacía que esperaba un fatal desenlace, y por eso mi dolor no ha resultado tan acerbo. Ahora ya no lloro: es verdad que me encuentro bajo el atontamiento de los primeros momentos, en los cuales no se siente el golpe de tan fuerte que resula. ¡Dios mío! ¡Llevadme también ó vuestro seno, yo no quiero vivir sino para este cielo que yo enseñé á mis hijas desde el cual me están llamando, y en que me introducirán cuando llegue mi hora! ¡Ay! ¡las familias acá en el suelo se forman y deshacen, pero se reunen después para siempre en el centro común donde mora Dios!

Guardo el pequeño crucifijo que tuvo en sus manos últimamente y recibió sus postreros besos; yo venero y beso de continuo esta santa reliquia, que llevaré consigo hasta la huesa.

Estoy en Saint-Point, en casa de mi hijo; leemos en familia, á Fenelón: drdo el estado de nuestros espíritus, no pueden leerse otros libros que los que hablan de lo divino, todos los demás resultan vanos é insuficientes!... ¿Qué haría yo sin mi Sofía? (su última hija) Ella se afana para llenar el vacío que han dejado las que se fueron.

Efecto de las separaciones de algunos miembros de la familia y por la quebrantada salud de mi padre, hay una larga interrupción en el *diario*.

CXXI

Martes, 4 de diciembre de 1824.

Alfonso ha vuelto de París, sin haber conseguido ser nombrado miembro de la Academia Francesa; ha sido elegido en su lugar M. Droz. Estoy disgustada conmigo misma por haber animado á mi hijo

á que se presentase y lo estoy aún mucho más por mi marido, quien daba grandísima importancia á este suceso; en fin, Dios y los hombres no lo han querido; es preciso aceptar ese desencanto sin acritud ni murmuraciones; por más sensible que ello sea, no puede compararse á otras desgracias que se incrustan en el corazón para no separarse jamás.

CXXII

Martes, 4 de enero de 1825.

Los cambios de tarjetas, las visitas, las felicitaciones, las alegrías, el movimiento. en fin, de primero de año me han hecho mucho daño; yo no puedo hacer más que llorar cuando alguien me dirige sus recuerdos; ¡mis recuerdos están en lo pasado! ¿Y qué es lo que el pasado me recuerda? Tuve un momento de esperanza al ver un segundo á Alfonso, el hijo del mío, y desapareció esta esperanza; ahora tengo una satisfacción con lo que de él poseo, es decir por el cariño que me tiene, no por eso que llaman la fama, el renombre, la gloria; él me ama, y eso es lo que deseo, y eso es para mí su gloria mejor, ¡ojalá pudiese amar lo que amo yo, las creencias que me dan la paz acá en la tierra. y la verdadera inmortalidad en perspectiva! Estoy muy contenta de tener a su esposa y á él en mi compañía todo este invierno, y me aflijo ya con la idea de la inevitable separación, pero su designio le lleva á vivir lejos de Francia; respetemos los altos designios de Dios.

Los últimos momentos de Bonaparte en Santa Elena, me han hecho reflexionar mucho sobre el

camino que Dios ha trazado, y que conduce de las glorias mundanales al panteón de la nada. Algo más de cerca ha herido mi corazón la muerte del célebre poeta inglés lord Bryon. Llorosa y conmovida he notificado á mi hijo la muerte de este joven poeta, lo mismo que si se tratara de una desgracia ocurrida en la familia. ¿No es por ventura la humanidad una misma familia? ¡Tal vez otro día, una madre temblando como yo, llorosa, anunciará á su hijo la muerte del mío!

Alfonso ha escrito un poema titulado *Childe Harold* en el cual se celebra la heroica muerte de lord Bryon defendiendo la independencia de los helenos; hay en él estrofas que me llenan de dolor porque temo mucho que sienta un entusiasmo peligroso por las ideas de la moderna filosofía y de la revolución, contrarias al trono y á al altar, estos guías que yo he encontrado siempre en mi camino y fuera de los cuales sólo veo confusión y peligro, y sobre todo, el abismo sin fondo de la incredulidad.

Yo he conocido estos famosos filósofos nuevos durante mi juventud; haced, ¡Dios mío! que mi hijo se les parezca en nada; no dejo yo de hacerle ciertas consideraciones sobre el peligro de las ideas nuevas, pero el *espíritu surge donde él quiere*, como dice la Sagrada Escritura. En cuanto una madre ha puesto al mundo un hijo, y le ha inculcado su propia fe, ¿qué le resta que hacer? ¡Cómo no sea poner todos días su débil mano entre la llama de esta fe y el viento del siglo que pretende apagarla! ¡Ah! yo me he sentido algunas veces orgullosa de ser madre de hijo semejante, pero su independencia de espíritu me ha hecho sufrir mucho. Yo opinó

que toda la ciencia se encierra ó debe encerrarse en esto: «Obebecer y creer», tal vez se me dirá que esto es poco poético, pero tengo para mí que existe tanta poesía en la sumisión del espíritu como en la revolución.

¿Son, por ventura, los ángeles fieles menos poéticos que los ángeles que se rebelaron contra Dios? Yo preferiría que mi hijo no tuviese ninguno de esos vanos talentos mundanos, á que se rebelara contra los dogmas que han sido fuerza, luz y consuelo de mi existencia, y por los cuales he sufrido resignada todas las adversidades de este mundo.

CXXIII

20 de febrero de 1825.

Hago la misma solitaria vida bajo el mismo techo, envuelta en mi propia tristeza y leyendo en compañía de Alfonso, su esposa y mi Sofía, cuya educación no me da cuidado porque parece ya haber salido instruída y piadosa de la cuna. Leemos por las noches en compañía de mi esposo y mis hijos, junto al hogar, cuantos libros pueden alimentar sanamente el alma y el espíritu. Mi marido parece aficionarse mucho á esta vida retirada, cuyas principales emociones están en los libros. Ha llegado á la edad en que los hombres se retiran del sitio grande ó pequeño que hayan ocupado, y se convierten en simples espectadores que observan con indiferencia la comedia que en el mundo se representa; entonces son los libros su distracción, su recreo, constituyen, en fin, parte de su existencia. En los libros de historia se aprecia la vida real; en la novela el mundo imaginario. Vienen los libros á ser,